

un índice de concordancias. ¿Sería excesivo para la extensión de este volumen? Quizás. En todo caso, no es el afán de hacer una crítica para que nuestro elogio no aparezca incondicional, sino nuestra admiración por este libro, lo que nos lleva a desearlo perfecto hasta en las secciones complementarias. *Peccata minuta* —e insistimos más en “minuta” que en “peccata”— en este modelo de antologías que cumple su propósito y más aún, nos ayuda por medio de los dos ensayos que incluye a aprovechar su contenido.

JORGE SILVA CASTILLO
El Colegio de México

WILLIAM HINTON, *Fanshen: a documentary of revolution in a Chinese Village*. Monthly Review Press, Nueva York, 1967. xvii, 637 pp.

“Fanshen” es decir “dar las espaldas” o “revolcarse”, es una palabra inventada por la Revolución china y para los campesinos eso significa, levantarse, destruir el viejo mundo y entrar en el camino del progreso. El libro se llama “Fanshen” ya que cuenta cómo los campesinos de Changchuang, cantón de Lucheng, provincia de Shansi, empezaron a edificar un mundo nuevo. El autor, periodista en China en 1937, luego en 1945, regresó en 1947 como técnico mecánico de las Naciones Unidas y trabajó en China hasta 1953. El libro es el fruto de sus experiencias del año 1948 y si tardó tanto en publicarse es por circunstancias independientes del autor —material confiscado en 1953 por las autoridades aduanales americanas, luego por el Eastland Committee. De todos modos, esa demora no le quita su interés ya que los problemas tratados son problemas universales y hasta ahora eternos del campesinado.

En 1948, en el cantón de Lucheng, el Partido Comunista escogió dos comunidades para ver cómo funcionaba la reforma agraria; Changchuang fue de éstas, no porque fuera típica sino porque tenía muchos problemas especiales, y la posibilidad de experimentar una seria crisis política. El autor, como acompañante de la comisión investigadora, pasó seis meses en el pueblo y su libro es el resultado de la elaboración del material acumulado entonces. Su intención primera es pintar el cuadro de la situación que enfrentó la comisión y las medidas que tuvo que tomar para resolver la crisis (pp. 243-627); pero, como no se puede entender ni la situación, ni la solución, sin conocer los dos años revolucionarios anteriores, consagra

243 páginas a la historia del pueblo, historia que no fue fácil reconstruir ya que no había otra fuente que las memorias de numerosos individuos.

El autor trató de revelar, con ese microcosmos, la esencia del movimiento revolucionario chino, lo que nos obliga a plantear el problema de la representación del pueblo. Tiene ciertas características muy singulares, como la presencia de una fuerte minoría católica (58-69) y la debilidad de la estructura clásica, en un país donde los católicos no alcanzan 2 millones y donde el clan tradicionalmente desarrolla un papel muy importante. Además, en una zona sitiada pero nunca conquistada por los japoneses, fue uno de los pocos pueblos ocupados y fortificados por el invasor. Todo eso explica que el pueblo haya tenido una historia muy original en los años 1937-45 y pasado en unos días de 1945 de la situación de bastión reaccionario a la de centro revolucionario. No obstante compartía la misma estructura socioeconómica de toda la campaña china, y los campesinos del lugar tenían la mentalidad de micro-productor de sus hermanos del país, con la misma propensión sea a la resignación, o bien al extremismo más candante.

La destrucción súbita e inesperada del poder de la "gentry" por una fuerza que vino de fuera —el ejército rojo— despertó esperanzas inmensas, entusiasmo desbordante y progresos sociales drásticos (pp. 103-179); engendró también excesos trágicos y graves errores como la división de la comunidad entre los más pobres y los pequeños propietarios (pp. 188-98), división agravada por el problema católico (pp. 126-7) y los abusos del poder recientemente establecido. Todo eso atomizó la comunidad, asustó a mucha gente y disgustó a los aliados potenciales de la revolución por venir: los pequeños propietarios.

Eso precisamente justifica la llegada de la comisión, en 1948, para rectificar los errores del pasado inmediato. Antes que curar, había que establecer el diagnóstico y a tal objeto se dedica la segunda mitad del libro (pp. 259-495). Lo curioso en este trabajo de un simpatizador ferviente es la enorme importancia dada a la crítica, y eso le da su valor y su carácter ejemplar, quizá como el ABC de los errores a evitar en una revolución que tiene que ver con masas campesinas. El libro nos da cuenta de los crímenes, de los abusos, de la corrupción naciente, del decaimiento de la moral revolucionaria, de la aparición de nuevos privilegiados y lo más valioso es que eso no es el resultado de investigaciones personales de un sociólogo y crítico, sin de las autocríticas de los pueblerinos. El autor no parece haber ido más allá que el secretario de la asamblea del pueblo.

Ejemplar, el libro lo es porque las contradicciones surgieron

allí en una forma excepcionalmente brutal y los problemas adquirieron un relieve extraordinario; así que el observador pudo estudiar el proceso revolucionario como pocos; es cierto que la mayoría de los pueblos chinos no pasaron por una situación tan extrema, pero son los casos patológicos los que más hacen adelantar a la ciencia. . .

Ejemplar, el libro lo es también por su forma muy parecida al último libro de Jean Duvignaud o más bien a una película de Jean Rouch. El autor no se contentó con exponer los cambios dramáticos, sino también la acumulación lenta de cambios ínfimos que permitieron los grandes y eso explica lo grueso del libro que utiliza todas las técnicas literarias, novelísticas, sociológicas e históricas. Por eso se llama "a documentary of revolution in a chinese village", documental que existe como obra colectiva resultante de la aportación de centenares de personas.

Por fin, queremos señalar lo que no está en el libro pero que se desprende de él: el problema agrario es universal y el campesino es un hombre universal. El inmediatismo, la resignación, el individualismo, la explosividad del campesino chino los encontramos al estudiar la rebelión de la Vendée, o las insurrecciones de campesinos alsacianos desde Lutero hasta Luis Felipe, los encontramos en la América Latina, y tengo que notar el paralelismo curioso que existe entre ciertas páginas de ese libro que Francisco Juliao no ha leído y el libro que Juliao está por publicar (Siglo XXI en México, Maspéro en Francia) sobre las Ligas Campesinas de Brasil. En la página 165 Hinton prueba el papel del confucianismo y (p. 180) el catolicismo en el mantenimiento del orden social antiguo y cita las palabras de los predicadores: "Dios creó al hombre, creó al rico, creó al pobre. Paciencia en la tierra y los pobres tendrán el cielo" o "El pobre lo es porque así se decidió en el cielo y nadie puede ir en contra del cielo". F. Juliao cita *in extenso* el discurso de un terrateniente dirigido a campesinos rebeldes y las palabras no difieren en nada. Podría multiplicar las interferencias y las similitudes ¿para qué? Interesante para el pasado, ese libro lo es para el porvenir ya que si el campesino prerrevolucionario es el mismo en toda la tierra, las revoluciones campesinas tienen grandes posibilidades de parecerse. Así que el libro, publicado con 18 años de retraso, no llega tarde ya que todavía faltan muchas revoluciones.

JEAN MEYER
El Colegio de México